

.....

EL RETO DE LA EVAU

**«¿CUÁL ES MI
PAPEL EN EL
MUNDO?»**

**Apuntes del encuentro de Julián Carrón
y Francesco Barberis
con los bachilleres que se preparan para la EvAU**

Milán, 12 de febrero de 2020

.....

CL

El reto de la EvAU

«¿Cuál es mi papel en el mundo?»

Apuntes del encuentro de Julián Carrón y Francesco Barberis
con los bachilleres que se preparan para la EvAU

Milán, 12 de febrero de 2020

Cantos:

Canzone dell'ideale

La strada

Francesco Barberis. Buenas tardes a todos, profesores y estudiantes de los dos últimos cursos de bachillerato, reunidos aquí en Milán y en más de 80 ciudades conectadas desde Italia, Suiza, Portugal y República Checa. Estamos aquí porque nos urge nuestra vida de estudiantes: este momento tan dramático y, al mismo tiempo, tan apasionante, pone de manifiesto las preguntas fundamentales, fundamentales para cualquiera, pero tan vibrantes a vuestra edad: «¿Cuál es mi papel en el mundo?», «¿para qué merece la pena vivir?», «¿cómo no equivocarnos al elegir el futuro?», «¿es un problema si me equivoco?». Todas estas preguntas y otras que saldrán hoy a la luz queremos planteárselas a Julián Carrón, que es un padre para nosotros. En el fondo no queremos simples respuestas: queremos no perder el origen del que nacen estas preguntas. Por eso buscamos mucho más que respuestas, buscamos a alguien que abrace estas preguntas, alguien que las haga suyas, un padre que esté dispuesto a caminar con cada uno de nosotros, a dar junto a nosotros los pasos necesarios para descubrir en la vida las respuestas a nuestras preguntas. Por eso estamos tan agradecidos de que esté Julián aquí, para poder compartir con él un trozo del camino. Han llegado numerosas contribuciones. Me gustaría leer un par de ellas para introducir la primera cuestión: ¿Para qué sirve la fatiga del estudio? Escribe una amiga: «Durante estos cuatro años de estudio intenso ha madurado en mí la conciencia de que, a medida que profundizo en los temas, más cuenta me doy de que no sé muchas cosas. Esto me ha empujado siempre a ser todavía más curiosa, a estudiar más. Sin embargo, hoy me siento sobrepasada ante la complejidad y variedad de eventos y personas. Tengo un deseo enorme de comprender (no me atrevo a decir de resolver) las grandes cuestiones. ¿Se puede llegar a una visión completa de la realidad? ¡Porque me veo limitada ya de partida! Ahora me siento insatisfecha y percibo mi límite no ya como una ocasión, sino como un impedimento, porque lo que deseo (la felicidad, el amor, la justicia, la igualdad para todos) me parecen objetivos demasiado alejados de la realidad. Entonces, ¿cómo puedo observar la realidad sin perder de vista estos objetivos que tengo?». Otro amigo confiesa con mucha sencillez: «Me gustaría ser feliz, pero no puedo porque el colegio y el estudio me impiden hacer cosas que creo que me harían más feliz, como por ejemplo seguir a todas partes a mi equipo, el Bolonia, incluso cuando juega fuera, porque es lo que más me importa del mundo; pero muchas veces, por tener que ir al colegio, he tenido que faltar a estas citas. O también me gustaría ir de viaje a Londres con mis amigos, pero no puedo porque tengo que hacer las pruebas externas (pruebas escritas que llevan a cabo todos los estudiantes en Italia en los cursos previstos por la normativa, *ndt.*). En resumen, son muchos los momentos en los que me he sentido prisionero y no he podido hacer algo que me haría verdaderamente feliz. ¿Cómo puedo ser feliz dentro de circunstancias como el estudio y el colegio, que en este momento me parece que me lo impiden?».

Tengo una pregunta sobre la EvAU y sobre el periodo que nos separa de ella. Necesito ver que el hecho de tener que quedarme en casa para estudiar no es un menos comparado con el nivel de vida que deseo. Quiero ver que no me estoy perdiendo algo. Por ejemplo, un sábado tuve que renunciar a ir a la caritativa [con el término «caritativa» se indica un gesto de caridad propuesto y guiado que jalona la vida de forma regular (semanal o quincenalmente). El objetivo no es resolver situaciones personales o sociales de necesidad, sino compartirlas para aprender a concebir y a vivir toda la vida como compartición, como «caridad», según la novedad que Cristo ha traído; ndr.] porque tenía que preparar un examen. La sensación que tenía era la de estar perdiéndome algo (en este caso, la caritativa). Pero no quiero que sea así. Al acercarme cada vez más a la EvAU y tener que aumentar por tanto la cantidad de estudio, realmente necesito experimentar que quedarme en casa para estudiar no es perderme algo, no es un menos. ¿Cómo se hace esto? ¿Puede ser así realmente? Por ahora es como verme obligada a estar encerrada en casa cuando fuera hace un día precioso.

Julián Carrón. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Has vivido alguna vez una circunstancia concreta en la que no hayas tenido la sensación de perderte algo? Tú dices: «Si tengo que quedarme en casa para estudiar no puedo ir a la caritativa». Cuando decides hacer algo siempre dejas fuera otra cosa; nadie tiene el poder de estar en todas partes al mismo tiempo. Se trata de un problema serio, porque hoy se plantea con respecto al estudio, pero mañana será con respecto a otra cosa. Por tanto, afrontar la cuestión de cómo podemos vivir el momento concreto de forma que no nos perdamos todo lo demás es crucial para vivir, no solo para el examen de la EvAU. Como nos hemos dicho siempre, para responder es necesario partir de la experiencia. ¿Has vivido alguna vez una experiencia en la que, viviendo algo concreto, hayas tenido la impresión clara de que en ese momento estaba todo y no te faltaba nada?

¿Una circunstancia en la que tuviera que renunciar a algo en cualquier caso?

Carrón. Una circunstancia en la que, al haber elegido algo, no te preocupaba el hecho de renunciar a otra cosa, no te faltaba otra cosa. Esta es la pregunta que cada uno tiene que hacerse, pues de otro modo siempre estaremos bloqueados por la idea de que nos estamos perdiendo algo.

En este momento no me viene nada a la cabeza. Pienso sobre todo en las veces que tengo que quedarme en casa estudiando y me digo: «¡Ahora no puedo ir a hablar con ese amigo mío!».

Carrón. Es una experiencia que todos compartimos, ¿verdad? Por eso, si no encontramos respuesta a esta pregunta, ¡nos pasará siempre, con respecto a cualquier cosa! ¡Bienvenidos al club de lo humano, en donde empezáis a ver en qué consiste vivir! La cuestión es, por tanto, cómo puedo vivir cualquier circunstancia, cualquier aspecto particular de la vida, sin perder nada crucial mientras lo vivo. Un famoso teólogo católico usó esta expresión: «El todo en el fragmento». ¿Cómo vivir el todo en el fragmento? Esto no es un problema tuyo porque seas una pobrecilla o seas limitada, sino que nos afecta a todos. ¡Incluso Jesús, como hombre, como Dios encarnado, vivió así! Como nos muestra el Evangelio, Jesús fue enviado –lo dice Él de sí mismo– a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Le habrían podido entrar ganas de ir a Roma, a Atenas, a Corinto. Pero el designio de Dios era que todo pasase a través de la relación con aquellos que tenía delante en Palestina. Jesús vivía aquella modalidad con una intensidad total. No se quejaba por lo que se perdía, sino que disfrutaba a lo grande de cualquier aspecto concreto, de cualquier situación. Cuando le invitaban a un banquete de boda, cuando iba de acá para allá, vivía con una intensidad incomparable todo lo que tenía ante sí. Estaba presente en el presente; cada circunstancia, cada instante estaba lleno de «algo» que hacía único ese instante. Este es el desafío para cada uno de nosotros. Y en ciertos momentos podemos empezar a experimentarlo. Por ejemplo, cuando uno se enamora, siente una emoción intensa al estar

delante de la persona amada y dice: «No me marcharía nunca de aquí». ¿Te ha pasado esto alguna vez?

¡Sí!

Carrón. ¿Lo ves? Estas cosas de las que hablamos las tenéis delante de los ojos, pero como estáis distraídos no os dais cuenta de lo que sucede y de cómo sucede. Si prestas atención, empiezas a ver que hay ciertos momentos en los que una presencia es tan determinante que en ese instante no tienes la sensación de perderte nada.

Sí, ¡pero solo en el momento en que lo tengo delante!

Carrón. De acuerdo, pero uno solo de estos momentos es suficiente para hacer que caiga el muro; quiere decir que puedes vivir así cada instante, porque has visto que es posible vivir uno de este modo sin perderte algo. ¿Te gustaría? ¡Sería la fiesta del instante! De cada instante. Entonces, momentos como el de la EvAU, en el que la vida te reta de esta forma tan grande, son ocasiones muy valiosas que no debemos perder, que debemos aprovechar, porque te obligan a preguntarte: «¿Qué es lo que hace que sea pleno el instante que estoy viviendo?». Siempre estaremos sujetos a los límites de tiempo y de espacio, en un momento determinado nunca podremos estar en dos sitios distintos. Pero en ciertos momentos sentimos tal plenitud que no nos gustaría estar en ninguna otra parte. Entonces la cuestión es prestar atención: «¿Qué es lo que hace que este instante sea tan pleno que no tengo la impresión de estar perdiéndome nada?». ¡Tienes ante ti un buen desafío! Mucho más importante que el examen de la EvAU. Comparado con este reto, la EvAU es un juego de niños.

Ahora que se está acercando cada vez más la EvAU y con ella el final de la etapa escolar, además de experimentar una gran inquietud por el examen, me pregunto si quedará algo de estos cinco años y, si es así, cómo será. Me refiero sobre todo al colegio: no me gusta pensar que después de cinco años que he pasado allí no ha sucedido nada significativo que pueda llevarme cuando deje el colegio. En cuanto al estudio, a pesar de todo el esfuerzo que hago, nunca consigo estudiar lo que debería y del modo en que debería hacerlo. Me gustaría estudiar todas las asignaturas con la misma mirada, con la misma atención con la que estudio ciencias, mates y física. Sé que esto es posible porque me ha pasado en algunas ocasiones: por ejemplo, una vez estudié con una chica del bachillerato artístico que tenía con respecto al arte la misma mirada que tengo yo con respecto a las materias científicas. Al escucharla hablar, comprendí claramente que lo que ella ve en el arte es mucho más que lo que yo veo. Me pasó también con la profesora de lengua: cuando explica una poesía todo resulta claro, todo está lleno de sentido, pero cuando vuelvo a leer la poesía en casa me parece que no tiene nada que ver con lo que ha surgido en clase. Me gustaría estudiar siempre así, pero ¿cómo puedo hacerlo, visto que no puedo estudiar siempre con mi amiga y que hacerlo solo me resulta más difícil o me lleva más tiempo? Esto ha puesto de manifiesto dos cuestiones: la primera es que no soy lo bastante capaz para hacer todo lo que querría, y por eso a veces me enfado conmigo mismo por mi lentitud, aunque sé perfectamente que no puedo hacer nada al respecto. La segunda depende de la primera: al no ser capaz de hacer todo en poco tiempo, tengo que sacar tiempo de otra parte, y por eso me encuentro con frecuencia renunciando a muchas otras cosas. Esta situación y mi límite los vivo como un menos para mí, como un fracaso. Me resulta duro vivir así y no quisiera seguir así hasta la EvAU. ¿Cómo puedo cambiar mi mirada? Y mientras espero esta mirada, ¿hay algo en el estudio que valga tanto como todo aquello a lo que renuncio? ¿Cómo hacer para que el hecho de no ser capaz de hacer todo no sea un menos para mí?

Carrón. Tú ya has empezado a ver en algunos momentos que la presencia de ciertas personas, como la de tu amiga o la de esa profesora, te introduce en una forma de estar en la realidad que te

entusiasmo. Esta es la primera constatación. Y es crucial que empecéis a daros cuenta de ello, como te ha sucedido a ti. Como puedes ver, tú ya tienes en tu experiencia, aunque «no seas capaz», una documentación de que esa forma de estar en la realidad que deseas es posible porque te ha pasado; si no fuera así, no lo habrías contado. Entonces, la cuestión es caer en la cuenta de esos momentos en los que todo está lleno de sentido, preguntarse qué sucede ahí. Tú has dicho: «Esa circunstancia estuvo llena de sentido». Cada uno puede identificar en su propia experiencia, si está atento, momentos de este tipo. En cambio, si estás distraído, puedes estar delante del Mont Blanc y confundirlo con un ratón. No lo ves no porque el Mont Blanc no exista y su belleza no sea imponente, sino porque estás distraído. Una piedra no se asombra por la belleza de las montañas. Por ello, la clave es darte cuenta de que ya has vivido –tú, que no te consideras capaz, no otros– momentos llenos de sentido. Entonces, la clave para que lo que te ha pasado se amplíe a cada aspecto de la realidad es reconocer que tu capacidad no tiene nada que ver con esto. De hecho, has podido vivir momentos llenos de sentido tal como eras: tu actuación no tenía nada que ver. Descubrir esto es una liberación para todos. Lo que hace distinta una circunstancia no es la propia capacidad o incapacidad, sino una *presencia* que llena de significado ese momento: llega una profesora que te hace vivir con una intensidad extraordinaria la lectura de una poesía, a la que tú nunca habrías llegado solo. Si uno está atento, puede hacer un camino secundando la presencia de esas personas en las que se produce una intensidad que no deja nada fuera. Entonces tu pregunta empieza a encontrar una respuesta: no se trata de renunciar a las cosas, sino de vivirlas intensamente. Solo tienes que secundar ese plus que has visto en tu amiga y en tu profesora, y poco a poco esta forma de estar en la realidad será cada vez más tuya. Entonces, ¿qué tienes que hacer para que la lectura de una poesía pueda vibrar en ti como vibra en tu profesora? Solo tienes que dejarte generar por esa presencia, de modo que en un momento dado, cuando leas esa poesía, puedas conmoverte como se conmovió ella mientras te la explicaba en clase, puedas estremecerte tú también. ¿Quién te impide hacerlo? ¿Quién os lo impide? ¡Nadie! Pero este «dejarse generar» no lo puede hacer nadie en tu lugar, pertenece al camino que tienes que hacer tú. A veces decimos: «De acuerdo, pero no siempre está la persona que me hace vibrar con su presencia; en cambio si estuviese...», y entonces nos quejamos. Lo pensaba estos días al encontrarme con un amigo que se quejaba porque –al haber terminado la carrera y haber empezado una nueva vida– no podíamos vernos tan a menudo como cuando iba a la universidad. Es lo que te pasa a ti: «No siempre está la profesora, no siempre está esa compañera de colegio con la que estudiar». A ese amigo que se quejaba le recordé un pasaje del Evangelio. Un día los discípulos estaban en la barca con Jesús y se dieron cuenta de que se habían olvidado el pan. A pesar de que habían sido testigos de dos milagros grandes como casas –dos multiplicaciones de panes como nunca se habían producido en la historia–, empezaron a pelearse entre ellos porque se habían olvidado el pan. Tú podrías decir: «¿Lo ves? Cuando no está Él se quejan». Pero yo le decía a mi amigo: «¡El problema es que Jesús estaba allí, junto a ellos, en la barca! ¡Y ellos seguían quejándose! No es que estuviesen solos, porque Jesús estaba con ellos, pero para ellos era como si no estuviese. Entonces Jesús, para mostrar cuál es el problema, no hace otro milagro. ¿Para qué habría servido, con todos los que ya habían visto? ¿Cómo les ayuda Jesús? Dirige a sus discípulos tres preguntas. La primera: «¿Cuántos panes sobraron después de la primera multiplicación?». La segunda: «¿Y cuántos sobraron después de la otra?». La tercera pregunta: «¿Todavía no entendéis?» (cf. Mc 8,19-21). Jesús no hace otros milagros, sino que los educa para que usen la razón, de modo que puedan darse cuenta de que tienen consigo al dueño de la «panadería». Si no habían comprendido era porque no habían aprendido todavía a usar bien la razón, hasta llegar a reconocer a quién tenían delante, es decir, quién era Jesús.

Si tú no haces ese trabajo cuando lees de forma distinta una poesía gracias a esa profesora, si no dejas entrar la novedad que tiene la mirada de tu amiga sobre esa materia artística, no crecerás. Al igual que tu profesora, ¡también Jesús quiere que tú disfrutes cada vez que lees una poesía! ¿Te gustaría? ¿Te gustaría que la presencia de tu profesora generase en ti un gusto tal por la poesía que ya no pudieses irte a la cama sin leer una? Para que esto suceda, se necesita una apertura que te corresponde a ti, que pertenece a tu iniciativa, y que esas personas te ayudan a tener. Secundarlas es fácil (no automático). Porque la vibración de tu yo gracias a esa profesora ha sido tal que ya no puedes prescindir de ella, como ya no puedes vivir sin disfrutar de una obra de arte o de algo bonito después de haberlo experimentado gracias a tu amiga. Al dejar entrar esa novedad que te alcanza a través de ellas, creces, te desarrollas. En vez de experimentar un sentimiento de fracaso, en lugar de renunciar a algo, empiezas a ampliar tu mirada a otras cosas que antes mirabas con una medida reducida. En definitiva, primero estás con una persona que empieza a abrir tu mirada, luego estás con una profesora que te la amplía todavía más, y también tú empiezas a ser capaz de mirar, ¡empiezas a disfrutar de todo! Piensa en la genialidad de don Giussani, que nos hace escuchar música, leer poesía, nos propone el arte cuando estamos juntos, nos introduce en el canto, en la liturgia, en la belleza de la naturaleza, etc. Dentro de una compañía como la nuestra, uno empieza a ampliar la mirada para poder disfrutar de todo. Si tú estuvieses solo, nadie te educaría en esto. Este plus que descubres en el estudio hace que no renuncies a nada cuando te metes de lleno en él, porque todo se te da de otro modo. Pero esto es posible porque tú perteneces a un lugar, a un determinado lugar. Al pertenecer a un lugar preciso, histórico, concreto, hecho de presencias humanas llenas de una propuesta de significado para la vida, cambia tu modo de relacionarte con la realidad: cada cosa está llena de todo. De hecho, es una historia particular lo que nos introduce en la totalidad: incluso nosotros, tú y yo, que somos unos pobrecillos, que no somos especialmente capaces, que no tenemos la sensibilidad de tu profesora o de tu amiga del bachillerato artístico, al estar en un lugar como este cambiamos, nuestra mirada se abre constantemente a toda la realidad. ¿Te interesa? ¡Gracias!

Barberis. Alguno de vosotros nos ha escrito que tiene miedo a perder lo que ha encontrado.

La EvAU genera en mí un doble sentimiento: por un lado, está el deseo de que pase, porque hago un bachillerato lingüístico, estudio cuatro literaturas distintas y en estos años he descubierto que no me interesa la literatura, y por tanto quiero ir a la universidad para estudiar algo que me guste y me apasione de verdad. Además, al escuchar a mis amigos mayores hablar del mundo mágico de la universidad, quiero ver yo también cómo es y quiero ir, porque los veo más contentos que yo, que muchas veces estoy en clase esperando a que termine. Por otro lado, como creo que es normal o, por lo menos, común, existe un miedo que me frena a la hora de ir a la universidad, que me hace querer permanecer en el colegio, y existe sobre todo el miedo de llegar al examen oral y no recordar lo que he estudiado durante el curso. En realidad, el mayor miedo es ese del que habla Massimo Recalcati en el libro La hora de clase, del que la profesora de filosofía nos hizo leer un extracto durante la primera clase de septiembre: «El examen de la EvAU es una puerta que se abre sobre una tierra desconocida, porque ratifica el final del mundo hijo-estudiante y el comienzo de las decisiones que forjarán nuestro destino. Debemos tomar la palabra en primera persona. En el examen de la EvAU termina la certeza de la tierra de la infancia y comienza la arriesgada inestabilidad del mar. En cada prueba existe siempre el riesgo de la caída y también la emoción de la libertad. La verdadera angustia se da siempre con relación a nuestra libertad y a nuestro deseo». En mí existe el miedo y la inquietud de tener que tomar una decisión que determine mi futuro, la angustia de equivocarme, de

no encontrar aquello para lo que estoy hecha, mi vocación. Sé que esto forma parte de hacerse adulto, del crecimiento, pero esto no elimina el miedo. Mi pregunta es: ¿Cómo puedo vivir la EvAU y la elección de la universidad con más serenidad, que es lo que me gustaría?

Carrón. La EvAU representa para vosotros un test del camino que habéis hecho en estos años, lo queráis o no. La mayoría de las preguntas que tenéis, de hecho, no tienen que ver propiamente con este examen sino –como hemos visto ahora– con el miedo o con cómo se puede vivir un aspecto particular sin perder el todo, es decir, tienen que ver con la vida. La EvAU es una ocasión para aprender lo que es crucial para vivir, por ello es algo muy valioso. Una circunstancia como esta es muy reveladora. ¿Qué se necesita para poder afrontar la EvAU con una cierta –digámoslo así– agilidad, con una cierta audacia? ¿Qué responderías tú? ¿Cómo te preparas para el examen, cuando el problema es el miedo? Es una pregunta que debe plantearse cada uno de vosotros: «¿Qué me ayuda a prepararme para la EvAU?». Te ofrezco una ayuda: uno se prepara para este examen viviendo el presente, descubriendo en el presente qué es lo que le ayuda a vencer el miedo. Si tú no experimentas esta victoria en el presente, no solo no te preparas para afrontar el examen, sino que temes el futuro sin poder hacer nada. Pero tú puedes hacer algo para prepararte para la EvAU: verificar en el presente qué es lo que te permite no sucumbir al miedo. Y esto tiene que ver no solo con la EvAU o con el hecho de tenerte que poner a estudiar (porque, obviamente, tienes que estudiar): la cuestión es qué te hace ser protagonista en la vida, qué te permite estar delante de esta circunstancia con toda tu persona, sin estar determinada por el miedo. El presente es lo único que tenemos: el pasado ya no existe, el futuro no está todavía en nuestras manos; por ello, angustiarnos por el futuro es inútil, no resuelve el problema del miedo. ¿Qué puede ayudarte a afrontar el futuro? ¡El presente! Entonces, ¿qué necesitas cuando tienes miedo? Empieza a descubrirlo ahora, no mañana o el día del examen. Y todos los que todavía tenéis dos años por delante, no perdáis el tiempo, pues de otro modo llegaréis a esta cita –y después a la cita de la vida– llenos de miedo. ¡Daos prisa, amigos, el test de la EvAU lo hacemos viviendo el presente! Por tanto, utiliza el presente y observa qué te da serenidad para afrontarlo; así sabrás también cómo encontrar serenidad para afrontar incluso el examen de la EvAU. ¿Se entiende?

La vida es fácil, pero tenemos que desenmascarar el mito de la EvAU: si la percibís como una amenaza, como un peso sobre vosotros, es a causa de una fragilidad a la hora de estar ante el presente. Y eso hace que cosas que son del tamaño de una hormiga se vuelvan gigantes; no porque lo sean, sino porque el miedo hace que parezcan más grandes de lo que son. Observad en vuestra experiencia qué ha sido capaz de vencer el miedo, qué puede vencerlo. El alcance desproporcionado que adquieren ciertas cosas, el miedo que suscitan, es proporcional a nuestra inconsistencia. Un cierto miedo que experimentáis ahora no está determinado por el examen de la EvAU. Por eso, si alguno piensa: «¿Por qué durante el bachillerato tendría que preocuparme de vivir? Yo estudio y ya está, de todo lo demás paso porque es inútil», ya me dirá cuando llegue ese momento. Porque el problema del miedo no lo resuelve estudiar y ya está, sino hacer experiencia. Si recorréis el camino del bachillerato y no usáis este tiempo para crecer, para captar aquello que genera una consistencia personal –que os permite estar en las mejores condiciones para estar ante los desafíos de la vida–, cuando llegue el examen de la EvAU, a pesar de todo el «estudio y ya está» que hayáis hecho, estaréis a merced del miedo. Hay quien piensa que es más astuto y por eso dice: «No tengo que preocuparme de hacer un camino durante estos años, porque en el fondo no lo necesito; yo ahora estudio y ya está, prescindiendo de todo lo demás». Se trata de una deformación de la realidad, porque tú eres más que tu estudio, en ti hay determinadas cuestiones que van más allá del estudio, que tienen que ver con tu consistencia, con tu certeza, con tu forma de estar delante de la realidad,

con lo que necesitas para vivir. La vida está unida, y por ello es útil empezar a comprender que se puede aprovechar la EvAU para estudiar y al mismo tiempo para aprender a vivir, pues de no ser así, el día de mañana os encontraréis en la misma situación de miedo y de inconsistencia cuando tengáis que empezar a trabajar o cuando os vayáis a casar, cuando tengáis que afrontar los imprevistos de la vida. Si durante los años del bachillerato crecéis como personas, si crece vuestro yo, esto os permitirá afrontarlo todo. De no ser así podréis ser unos estupendos estudiantes, pero seréis frágiles como personas y la más mínima brisa os hará caer. Es una lástima que olvidemos tantas veces qué es lo que necesitamos para vivir. La EvAU es por ello una ocasión increíble para que salga a la luz «la» cuestión. Es una ocasión para mirarla a la cara. Empezad a hablar de ello entre vosotros: en esta circunstancia, ¿qué es lo que más os ayuda? ¿Hay algo que pueda vencer el miedo? ¿Qué es lo que os ha permitido no derrumbaros ante ciertas situaciones? De este modo valoraréis lo que habéis visto surgir en vuestra experiencia. ¡Ánimo!

Con frecuencia me quedo perpleja porque no sé todavía qué voy a hacer el año que viene. Esto pasa porque no sé qué es lo que deseo. Y no porque no sepa hacer nada o no tenga ideas, sino porque me parece que soy una persona normal, con pasiones y deseos normales. Me parece que no hay nada que me corresponda hasta el punto de decidir dedicarle toda mi vida. Una profe me decía que para descubrir qué es lo mío, lo primero es descubrir quién soy; pero ante la pregunta: «¿Quién soy yo?» me quedo muda, porque no sé quién soy. Entonces, para descubrir qué tengo que hacer, me parece que lo más inteligente es dedicarme al estudio, que es el lugar más inmediato en mi vida...

Carrón. ¿Lo veis? Prescindimos de la pregunta: «¿Quién soy yo?» y nos dedicamos al estudio, creyendo que así resolvemos el problema.

Pero cuanto más me dedico al estudio, más confusas se vuelven mis ideas; no encuentro nada que sea verdaderamente para mí. Esto me hace entrar en crisis, porque no entiendo cuál es mi papel en el mundo, no entiendo qué estoy llamada a hacer, a ser. Por eso, ante la elección de la carrera no me asusta equivocarme, sino no encontrar un sitio para mí, que no exista un sitio para mí.

Carrón. Es muy interesante lo que dices, porque muestra el valor del camino que uno hace. Y me asombra que digáis cosas increíbles sin daros cuenta de ellas. Tú percibes el problema porque estás perpleja con respecto a tu futuro. ¿Y qué se te ha ocurrido para resolverlo? Dedicarte al estudio. ¡Estupendo! Ha sido un intento de respuesta, ¿no? Pero no por ello has encontrado la respuesta adecuada; de hecho, has tenido que verificar si tu intento era adecuado. ¿Y cuál ha sido el resultado de esta verificación?

Que no era verdad, que no me correspondía.

Carrón. Has dicho que estabas más confundida. ¿Lo veis? La experiencia nunca nos engaña: has dado pasos en una cierta dirección y enseguida te has dado cuenta de que no era ese el camino, porque estabas más confusa. Uno dice: «¿Por qué tengo que preocuparme de quién soy? Me dedico al estudio y así, estudiando más, quizá se me aclaren las ideas». En cambio, has visto que las ideas se han vuelto más confusas. Si aprovechas esta experiencia, en lugar de decir: «Esto me hace entrar en crisis», puedes volver a la pregunta que habías dejado en la mesilla: «¿Quién soy yo?». Entonces cuando piensas: «No entiendo cuál es mi papel en el mundo, no entiendo qué estoy llamada a hacer, a ser, tengo miedo de no encontrar un sitio para mí», cuando te asaltan estas preguntas que habían surgido en tu mente con claridad, te das cuenta de que lanzarte de cabeza al estudio no es el camino adecuado para responder a ellas. Por tanto, el problema de la EvAU ha hecho que surja –y esta es la ventaja de afrontarlo– la importancia de lo que has dicho al principio: «Ante la pregunta sugerida por mi profesora: “¿Quién soy yo?” me he quedado muda, no sé quién soy». Es precioso, porque te has

dado cuenta de ello, mientras que habrías podido seguir adelante durante años sin darte cuenta, tratando de responder a tientas. Y al ver que tus intentos han fracasado, ¿qué has comprendido de ti misma? ¿Qué has aprendido de esta experiencia? Que tú eres más que tu estudio, que tienes un deseo, una grandeza que te hace darte cuenta de las cosas que no te corresponden. Ahora tú sabes quién eres, ha salido a la luz tu verdadero yo: «Yo soy más que mi estudio, porque el estudio por sí mismo no es capaz de sacarme de la confusión». Tu grandeza ha brotado ante tus ojos no en una clase de filosofía (con todo el respeto por la profesora de filosofía, ¡faltaría más!), sino viendo surgir de tu experiencia el alcance de la pregunta: «¿Quién soy yo?». Esto tiene un valor inmenso, empiezas a darte cuenta de que no puedes reducir tu vida a un único aspecto, porque lo único que consigues es que sea más confusa todavía. Cuando brota tu yo y empiezas a juzgar lo que sucede, empieza a ampliarse tu mirada: «¿Cuál es mi papel en el mundo?». Es la pregunta que puedes seguir ahora, en lugar de abandonarte al miedo de no encontrar un sitio para ti. ¿Estás segura de verdad de que no existe un sitio para ti en el mundo? Al mirar a la cara todas estas preguntas, te das cuenta de que estás haciendo un camino. Y empiezas a identificar signos, señales que te ayudan a descubrir tu sitio en el mundo. ¡Tú misma verás cómo lo descubres! Gracias.

Barberis. En una contribución que hemos recibido, una de vosotros pregunta: «¿En qué medida es justo hacer de una pasión, de una cualidad, mi camino? Responder a la vocación, ¿quiere decir implicarse en lo que parece que despierta más mis intereses? Tomar otro camino más cómodo, más productivo que, sin embargo, en una primera impresión no parece corresponder a mi ser, ¿impide la felicidad?». »

Estos días me sorprende asombrada, con una gran espera en el corazón y una confianza que nunca ha sido tan mía. Este año es especial: llevo a mis espaldas cuatro años de liceo plenos y precisamente ahora me estoy dando cuenta hasta qué punto los rostros que he conocido y los hechos que me han pasado han sido pensados para mí, como un vestido hecho a medida. Cada vez voy tomando más conciencia de que todo lo que me ha rodeado estos años y me rodea aún ha sido hecho a medida para mí, todo ha servido y está sirviendo para hacer que yo sea más yo, un yo cada vez más verdadero. Y me doy cuenta de que, cuando acojo este «todo» y digo que sí, la realidad me conduce siempre a alguien grande, y así es precisamente como estoy afrontando en estos meses la elección de la universidad. Cada vez tengo una hipótesis más concreta que creo que está hecha para mí. En estos cinco años he tenido siempre una idea fija, al principio era un «quiero ayudar a estas personas, porque es injusto que no hayan tenido las mismas posibilidades que yo», y por eso he pasado de querer estudiar arquitectura para construir albergues de acogida a querer ser enfermera. Poco a poco esta idea fija se iba haciendo más grande, pero según pasaba el tiempo más cuenta me daba de que ni la enfermería ni la arquitectura eran para mí, por datos muy sencillos: por un lado, mi falta de ganas para estudiar todo lo que tiene que ver con la ciencia y, por otro, el hecho de que las clases de arquitectura en el colegio no me gustaban nada. Por eso he dejado de analizar esta idea fija tratando de comprender en qué trabajo o facultad podría vivirla, y me he puesto a mirar todo y a mirarme. He empezado a descubrirme en las relaciones con los compañeros de clase, en la caritativa, con mis sobrinos y en mi forma de querer a los amigos. Y al final del curso pasado descubrí la escuela de Magisterio. El verano pasado decidí ir a África como voluntaria para verificar la intuición a la que había llegado. La verdad es que no volví de África con la certeza de querer ser profesora, pero allí me pasó algo extraordinario: en esa realidad di mi segundo gran «sí». Era una realidad difícil, que al principio me costaba mucho, hasta que conocí a personas

sencillas que vivían y eran felices; no podía dejar de seguirlas, y por eso dije: «Sí». Este «sí» me ha hecho ser al mismo tiempo más yo y también más Suya. Este hecho me ha acompañado hasta ahora. He recibido signos en mi vida frente a los cuales lo único que puedo testimoniar es que me llevan cada vez más a Él. Ahora me he decidido por la educación, porque me parece que la realidad –y no la idea que tengo de mí misma– me está empujando en esa dirección. Pero si mi intuición fuese errónea y dentro de un mes tuviese que cuestionar mi elección, no me importaría porque después de la vida que he vivido (no sin dificultades, pero plena), no puedo más que fiarme nuevamente y seguir todo lo que Él me da. Sin embargo, queda una pregunta: a pesar de la confianza que tengo ahora y del deseo de vivir para Él, me pregunto cómo puedo verificar los signos y el camino que voy a elegir; ¿cómo puedo saber si los signos me están llevando de verdad ahí?

Carrón. ¿Qué has aprendido del recorrido que has hecho?

A mirar.

Carrón. ¡Perfecto! Sintético. Has aprendido a mirar. Y al principio, ¿qué hacías en lugar de mirar?

Seguía mi idea.

Carrón. Pensabas. Luego has pasado de pensar a mirar; al principio pensabas estudiar arquitectura, luego enfermería, después vete tú a saber qué. Y esto te complicaba la vida cada vez más. Entonces empezaste a mirar. ¿Qué mirabas?

Lo que tenía delante.

Carrón. ¿Algo en particular? La realidad, como sabes, es muy amplia.

Miraba lo que me pasaba a mí.

Carrón. Es decir, prestabas atención a los signos a través de los cuales podrías identificar algún indicio de respuesta a lo que te estabas preguntando, para comprender qué tenía que ver lo que querías hacer con el deseo que tenías dentro de ti, con la voz del ideal que te llamaba. La voz del ideal es más real de lo que pensamos, no te deja nunca: puedes incluso irte hasta África, y también allí permanece, poniendo de manifiesto ante tus ojos todo lo que sucede. Si la escuchas, empiezas a ver los signos. Por tanto, para responder a tu pregunta, solo tienes que seguir el método que has aprendido: mirar. El método, como acabas de decir, es mirar. «Me he puesto a mirar todo y a mirarme». Es decir, has empezado a prestar atención a los signos. ¿Cómo verificas los signos del camino que estás eligiendo? ¿Cómo entiendes que los signos te están llevando ahí? Es una cuestión de atención. Cuando los captas, empiezas a ver a dónde te llevan: «Ah, es esto y no aquello». Don Giussani dice que encontrar la respuesta adecuada no es un problema de inteligencia (tú al principio usabas la inteligencia, que no te falta, y tenías distintas ideas), sino de «atención». Descubrir la verdad, el verdadero camino para ti, la respuesta a tu pregunta, es como encontrar un tesoro. ¿Quién lo descubre? Quien está atento. No tienes que inventarte nada: si prestas atención a los signos, en un momento dado intuirás que ese deseo tuyo de darte a los demás empieza a tomar forma en una dirección; si secundas y verificas esa intuición, podrás ver si se mantiene con el tiempo, si los signos te confirman que el camino que has elegido es el adecuado. Si dices: «Voy a Bolonia» y después, a lo largo del trayecto, ves los carteles de la autopista que indican «Turín, Turín, Turín», ¡la realidad te está ofreciendo signos de que quizá te has confundido de camino! Pero si cada vez que miras las señales, estas te dicen: «Bolonia, Bolonia, Bolonia», te confirman en la elección que has hecho de ir a Bolonia. Esto quiere decir que en la experiencia tienes la confirmación de que has elegido bien o has elegido mal. Basta con que estés atenta. ¡Sencillo!

Me descubro llena y feliz cuando me pongo al servicio de los demás, cuando siento que soy útil a los demás. He descubierto esto yendo a la caritativa. Siempre he pensado que el camino que quizá

concretaba más esta exigencia mía era estudiar Medicina, pero ahora me estoy preguntando si se trata solo de una idea mía, de un pensamiento construido por mí, o si estoy mirando de verdad lo que se me pide que haga, es decir, cuál es verdaderamente mi vocación. ¿Cómo puedo saberlo?

Carrón. Como veis, en un momento dado, dentro de vuestro camino humano, de vuestro camino personal, brota la pregunta: «¿Cuál es mi vocación? ¿De qué modo puedo ponerme al servicio de los demás?». Uno no puede pensar en ciertas elecciones sin que surja en él esta gran cuestión: «¿Cómo puedo servir a los demás?», como decía también la amiga que ha intervenido antes. ¿Qué puede ayudarnos a responder? Yo no estoy aquí para detallar todos los pasos, pero si lees el librito *La voz única del ideal* (San Pablo, Madrid 2018), puedes empezar a entrever el camino. Sintetizo las sugerencias que nos hemos hecho en estos años, siguiendo a don Giussani. Primera: mirar «el conjunto de inclinaciones o dotes naturales» que el Misterio te ha dado para ponerlas al servicio de los demás. Segunda: reconocer «las condiciones inevitables o las circunstancias inevitables» como «indicador del camino que debes seguir». Tercera: identificar «las necesidades del mundo y de la comunidad cristiana» que tú percibes como más urgentes ahora mismo. Para elegir entre las cosas que podrías hacer en la vida, te preguntas: ¿Cuál es la necesidad más urgente de la sociedad y de la Iglesia? Giussani concluye que «el juicio debe brotar del conjunto de estos factores considerados en su totalidad» (cf. L. Giussani en J. Carrón, *La voz única del ideal*, op. cit.). De nuevo, se trata de un problema de atención. Si estás atenta, podrás entrever el camino. «Según mis inclinaciones, las dotes que el Misterio me ha dado, teniendo en cuenta las circunstancias en las que me ha puesto, ¿qué es lo que necesita el mundo, de modo que pueda poner a su servicio todo lo que he recibido?». Es como si intuyeses –y esto es precioso– que no puedes decidir acerca de tu vocación sin percibir el nexo con la totalidad, porque no podrías ser feliz aislándote y pensando en ti misma, desde el momento en que en tu humanidad brota la conciencia de que solo puedes ser verdaderamente tú misma en relación con los demás. Por eso, para poder identificar tu vocación, empiezas a ver cuáles son las necesidades más urgentes en el mundo de hoy, y lo haces en diálogo con los amigos, con los adultos que conoces; dialogas con todos los que pueden ofrecerte algún signo que te ayude a comprender cuál es la mayor necesidad, que te permita saber si es adecuado matricularse en Medicina o bien hacer otra cosa. Gracias.

Yo quiero estudiar Medicina porque estoy segura de que la relación con otra persona que vive un dolor más grande que el mío puede hacerme crecer mucho, y esto es lo que más deseo de mi futuro trabajo. Además, cada vez que estudio el cuerpo humano, me fascina su perfección. Al mismo tiempo me preocupa el hecho de pasar los próximos meses y el verano pegada a los libros, porque aprobar el examen de admisión es muy difícil. Por ello me pregunto cómo puede construir mi persona el estudio para la EvAU y para el examen de admisión, de modo que pueda no depender solo del resultado.

Carrón. ¿Y quién te obliga a hacerlo? Si no quieres estudiar, puedes no estudiar porque, ¿quién te obliga a hacerlo?

¡Es lo que quiero hacer!

Carrón. ¿Y entonces? Tenéis que haceros estas preguntas sencillas, porque si no parece que alguien os obliga a hacer una determinada cosa. ¡Nadie os obliga! ¿No quieres estudiar, no quieres pasarte el verano estudiando? Vete a la playa; ¿qué problema hay? «Ya, pero me gustaría hacer Medicina...». Entonces tienes una razón que aflora en tu conciencia en cuanto te desafío. Yo no quiero convencerte para que estudies; me basta con hacerte una pregunta sencilla, y la «voz única del ideal» que vibra dentro de ti te empuja a decir: «¡Pero es lo que quiero hacer!». Quizá así puedas empezar a llenarte

de razones para ponerte delante de los libros. Porque, si no tienes razones para estudiar, ¿quién te obliga a hacerlo? Estarías quejándote todo el día: «¿Quién me obliga a hacer esto? ¿Y esto otro?». ¿Acaso puede algún adulto imponerte lo que tienes que hacer? Nadie puede ordenarte nada, porque la vocación es tuya; ¡es tuya! Es el Misterio quien ha puesto dentro de ti ciertas dotes, quien te ha hecho nacer con ciertas dotes, quien te ha permitido tener un cierto tipo de experiencia, como has contado: la relación con quienes viven en el dolor; a otros quizá no, pero a ti te ha dado esta percepción del dolor de los demás; no lo has decidido tú, sino que te has encontrado con esta dote, con una cierta sensibilidad. Otras personas huyen en cuanto ven sufrir a alguien, y tú en cambio dices: «Esto es importante para mí». Tú ves signos del Misterio, sientes la voz única del ideal que te hace vibrar, que no te dice: «Ahora te ordeno que hagas esto», como si te aplastase (cuántas veces nos quejamos cuando alguien quiere abusar de su poder y mortificar nuestra creatividad). El Misterio hace brotar una cierta sensibilidad en ti, en tu experiencia, como si te dijese: «¿Te das cuenta qué bella se vuelve la vida así?»; te llena de razones para que adquieras un gusto tal que seas capaz de estudiar incluso en verano. Después tú tienes que verificar esto. Es interesante ver cómo surge en nosotros la vibración ante las cosas. Por eso me gusta tanto el diálogo con vosotros, porque yo aprendo de vosotros viendo cómo el Misterio hace surgir vuestro yo: nadie os ha soltado ningún sermón. Al ponerlos sencillamente ante una pregunta, empezáis a ver lo que vibra dentro de vosotros. Por ello ya está, ¡tienes todo lo que necesitas para hacer el camino! Te corresponde a ti decidir si sigues la sugerencia o si la tiras a la papelera, porque nadie te obliga a hacerlo. Porque no depende de tu resultado, tú eres más que tu resultado, por tanto decide. ¡Ánimo!

En este periodo me he visto arrollada por una ráfaga de emociones con respecto a mi decisión futura. Después de hablar con un adulto he tenido el valor necesario para poder mirar a la cara lo que realmente quería hacer, sin dejarme desanimar por todos los que a mi alrededor me recordaban que sería difícil entrar, que no tendría tiempo para preparar el examen de admisión. Por ponerlos un poco en antecedentes: mi deseo es entrar en una escuela de dirección artística, en la que tengo que pasar tres exámenes y para la que solo hay seis plazas. He empezado enseguida la preparación, y eso hace que tenga que posponer con frecuencia otros deberes para dedicarme completamente a ello. Por fin he encontrado a alguien y algo que ha derribado todos estos juicios negativos y pesimistas y me ha dicho por qué merecía la pena intentarlo. Y este es el motivo de que en estos días me haya surgido una pregunta que me apremia: me siento destinada a cosas grandes (como escribe Ety Hillesum), siento que algo arde dentro de mí, pero a veces me paraliza el terror de no pasar los exámenes, porque soy consciente de que viviría el año siguiente amargada por no haber podido realizar aquello a lo que me siento llamada. ¿Qué puedo hacer cuando este miedo, unido a todos los reproches por mi elección, se impone sobre lo demás? Yo sé que mi sitio está ahí, no sabría cómo explicarlo con palabras porque es algo que está muy dentro de mí, pero no tengo la seguridad de poder llegar. ¿Cómo puedo fiarme completamente de eso que deseo cuando la puerta por la que tengo que pasar es tan estrecha?

Carrón. De nuevo, como decíamos antes, uno puede estar determinado por el miedo, por los reproches o por la mirada de los demás. ¿Qué es lo que te libera, lo que te desbloquea ahora?

El hecho de que, al prepararme para los exámenes, soy feliz...

Carrón. ¡Basta con esto! Sigue esto, porque todas las dificultades que has tenido hasta ahora no te han bloqueado, y será la realidad la que te diga, al vivirla, si es posible o no entrar en la escuela de dirección. Pero independientemente de que consigas entrar o no –mirad que esto es importantísimo–, ya has crecido gracias a esto. Y como no está escrito que podamos realizar siempre lo que queramos,

tenemos que aceptar que alguien nos pregunte: «¿Podrías poner la mano en el fuego porque este es el único camino?».

¡No!

Carrón. Estupendo, menos mal que tienes esta lealtad, porque eso te libera. Tú pones todo de tu parte, como ya lo estás haciendo, pero no puedes estar absolutamente segura, hasta el punto de poner la mano en el fuego, porque este sea el único camino. Esto ya es liberador. Por eso puedes ir tranquila al proceso de selección, porque si no es este tu camino, quiere decir que el Misterio te preparará otro mejor que todavía no conoces. En cambio, si uno se empecina y dice: «O esto o nada», está acabado. Por eso os desafío; no estoy aquí para consolaros y deciros: «Da igual, confórmate, ¿qué quieres que te diga?». Subo el listón del desafío y te pregunto: «¿Puedes poner la mano en el fuego porque este es el único camino?». Y tú me respondes lealmente: «No, no lo sé». Yo no soy el Padre Eterno, no soy un gurú con la respuesta preparada para cada pregunta, yo estoy aquí lleno de curiosidad por ver cómo el Misterio, que te ha dado esta pasión, te lleva al destino y cómo convertirá lo que te ha dado en un bien para ti y para todos. Pero si te prepara algo más interesante, ¿estás disponible? ¿Cómo te lo mostrará? A través del recorrido que estás haciendo, porque –independientemente del resultado– ya estás experimentando un crecimiento, una liberación de muchos rollos mentales que vienen de fuera, de muchos juicios y miradas, hasta el punto de que sigues adelante por tu camino. Esto te hace ser tú misma, cada vez más tú misma. El Misterio te hará saber si el camino que estás haciendo ahora es el que te lleva derecha a la meta que has identificado o es un entrenamiento para otra cosa, pero mientras tú eres cada vez más tú misma. Ya está sucediendo lo que deseas, es decir, estás siendo cada vez más tú misma, que es mucho más importante que la imagen que nos hacemos de nuestro futuro; y si mañana sucede algo imprevisto que no puedes imaginar, tú podrás aprovechar la experiencia de ahora, la única que te permite estar delante de cualquier eventualidad. El Misterio, en su genialidad, puede haber preparado para ti un camino todavía más bonito y que no conoces, como cuando uno va de excursión y se pierde, y el camino que toma resulta más bello que el itinerario que había proyectado. Podría contarte –es un poco tarde, lo esbozo simplemente– lo que me ha pasado a mí: ¿quién habría podido imaginar que alguien como yo, nacido en un pueblecito de Extremadura, en España, habría venido a vivir a Milán? Era absolutamente imprevisible; no me podía imaginar la «excursión» que el Misterio estaba preparando para mí. Pero se ha revelado mucho más interesante que la que yo había imaginado para mí. Quién sabe cómo será para ti.

Barberis. Como uno de vosotros no podía estar aquí hoy, os leo lo que ha escrito. «El jueves pasado teníamos un simulacro del examen oral de la EvAU; tenía miedo hasta del simulacro, y pensar en junio me asustaba todavía más. Por suerte no estaba solo: me había enamorado. Es increíble cómo una sola palabra puede cambiar tan radicalmente y de forma tan inesperada la vida de todos los días, tanto en el colegio como en casa. Tenía incluso ganas de estudiar, me apetecía la EvAU, yo que tenía miedo hasta del simulacro. ¡Qué bonito sería tener un estímulo así cada día! Pero este viernes, justamente mientras esperaba ese gesto tan querido para mí, algo ha cambiado, he dejado de sentirme querido de esa forma tan excepcional. Para esta EvAU, por tanto, ya no deseo más que personas que me quieran, amigos que me acompañen y que me quieran, de modo que pueda volver a empezar siempre. ¡Qué bonito es hacer las cosas cuando alguien me quiere!». La pregunta es: ¿quiénes son los compañeros de camino en esta aventura?

Carrón. ¡Descubrirlo forma parte de la aventura! Uno cree que es la persona de la que se enamora y después, en un momento dado, descubre que no le ayuda lo suficiente. Entonces, ¿cómo descubrir a los compañeros de camino? Es una cuestión de método. ¿Los elegimos en abstracto? ¿Depende de

los gustos, de nuestra imaginación? Nada de eso: al vivir descubrimos quiénes son los que nos hacen compañía de verdad en cualquier situación. Son estos los compañeros que necesitamos, porque no sabemos qué oportunidades ha preparado el Misterio para nosotros, que pueden ser bonitas y distintas de lo que nos imaginamos. Por tanto, la cuestión fundamental es descubrir a estos amigos verdaderos. ¿Cómo? Verificando que existen compañeros en cada etapa de nuestro camino, no simplemente en algunos momentos o por un sentimiento que puede desaparecer en cualquier momento. Por tanto, se trata de compañeros de camino que nos reclaman constantemente al ideal, y por tanto mantienen vivo en nosotros un fuego que no muere, como hemos cantado al principio. En esa canción está contenido todo: «Estaré contigo», esta es la compañía ideal que nunca nos abandonará; «estaré contigo», porque «he puesto una mano sobre tu corazón, siempre contigo, como un fuego dentro de ti que no muere».

¡Buen camino, amigos!

Barberis. Gracias. Te pregunto una última cosa, Julián. Tiene que ver con la peregrinación a Czestochowa. ¿Puedes explicarnos otra vez el sentido de este gesto que propone el movimiento al término de la etapa escolar?

Carrón. Creo que todo lo que hemos hablado esta tarde nos indica qué utilidad puede tener un gesto como la peregrinación a pie. Uno podría decir: «Una vez terminado el bachillerato, superado el examen de la EvAU, ¿qué sentido tiene? Ya he alcanzado el objetivo». Pero esta tarde se ha puesto de manifiesto que lo que necesitamos de verdad no es solo identificar lo que vamos a estudiar, sino descubrir qué nos permite afrontar todos los desafíos de la vida, qué nos libera del miedo (ante la EvAU o ante la elección de la carrera). ¿Qué nos da consistencia? ¿Qué responde a las necesidades fundamentales que tenemos? Todo esto se plantea en un gesto como la peregrinación, porque se trata de un momento, una vez terminada la etapa escolar, para custodiar con más conciencia todo lo que hemos vivido. Como habéis visto, la inminencia de la EvAU es una ocasión para empezar a ver cómo estamos ante todos los desafíos que tenemos. La peregrinación es un gesto adecuado para esto, porque vuestros amigos mayores, que han participado en él en años anteriores, lo han percibido y vivido como algo que estaba en consonancia con la necesidad que tenían. Muchas otras iniciativas pueden desaparecer, pero este gesto no: quien está interesado por sí mismo lo percibe como profundamente adecuado. El problema no es solo el estudio, las vacaciones o el novio: el problema es vivir, y la peregrinación plantea justamente esto. ¡Es un gesto en el que tenemos tiempo para mirar ese ideal que vibra dentro de nosotros!

¡Hasta la vista!

©2020 Fraternità di Comunione e Liberazione